

XXV

Dormí hasta por la mañana con un sueño pesado ó inquieto.

Cuando me levanté hacía ya largo rato que había salido el sol.

Las ideas se mezclaban confusamente en mi cabeza.

Mi excursión de la víspera, durante la noche, á través de aquel país raro, me quedaba en la imaginación como la visión de un sueño.

Me preguntaba si efectivamente era yo, el baron Chatel, quien venia de llevar á una joven adorada y adorable, mi querida, después de todo, para llamar las cosas por su nombre, á aquella casucha encaramada en la cima de una roca, en el fondo de un país perdido.

Me dieron ideas de ir en busca de Yaunie Cléden, decirle que dispusiera su tartana y

salir en seguida para Tréogat con el fin de volver á verla y sacarla de allí.

Y después me acordé de sus caricias, de la buena cara, grave y decidida, de su madrina, Francisca Cloarec; me dije que tenía dinero, que no carecería de nada, y que en suma pocos días se pasarían pronto.

Al cabo de diez minutos de reflexión, deseché mis temores.

¿No se había criado ella allí? ¿Se templaría de nuevo en el aire puro de aquel mar cerca del cual respiraba! Me había parecido tan feliz por mi consentimiento, que no me atrevía á sacarla de allí tan pronto.

Me prometí un verdadero placer con las cartas que debía escribirme, y volví á tomar el tren para París, á donde no debía llegar hasta el día siguiente por la mañana.

A medida que me alejaba de Quimper, mis ideas tomaron otro curso, y se hicieron menos sombrías.

En suma, admiraba el buen sentido de Ana-María. No me parecía mal estar libre por algunos días, entrar en circulación, por decirlo así, y revivir en mi antigua vida.

La enfermedad de la pobre muchacha

me había secuestrado cerca de dos meses. Esto era mucho tiempo.

El círculo y mis amigos me esperaban.

Al llegar á París, á las cinco de la mañana, me hice conducir á la avenida Gabriel.

Yo tenía una llave de mi departamento.

Cuando entré en la casa, todo el mundo dormía.

Llegué á mi gabinete.

Todo estaba en su puesto.

Confieso que sentí un verdadero bienestar en este interior, de donde me parecía que había salido la víspera.

Cierto que el recuerdo de Ana-María no me abandonaba; pero pensaba en ella como en una tierna amiga, cuyo porvenir aseguraría, y que dejaba de ser para mí una sujeción.

A las nueve llamé á mi ayuda de cámara.

Fermín sabía mi vuelta: se había esparcido la noticia por la casa.

—¿Ha tenido buen viaje el señor?—me preguntó.

—Bastante bueno; gracias.

Me dijo que la baronesa acababa de partir para Marnes, dejando para mí una carta en su secreter.

Fuí allí en seguida.

Sentía una profunda emoción, un vivo remordimiento al volverme á encontrar en aquella habitación, llena de tantos recuerdos, y me detuve un minuto ante el retrato de Angela, uno de los más perfectos de Chaplin, colocado entre las dos ventanas, precisamente encima de su secreter.

Allí estaba Angela, con la gracia de sus veinte años, con el aire de bondad que siempre tiene y que no engaña en ella, porque, aparte de sus defectos, más bien superficiales que graves—¿y quién de nosotros no los tiene?—es verdaderamente generosa, delicada y decidida, bella también, de distinto modo que Ana-María, pero de una belleza resplandeciente y capaz de inspirar la pasión que yo había sentido largo tiempo, y que se reavivaba tanto más cuanto que me estaba prohibida en adelante.

Suspiré y abrí el secreter.

Al llegar había oído ruido de puertas que se cerraban.

Supe después que Virginia no debía incorporarse á su ama hasta la tarde, y la agradecí mucho el evitarme su odiosa presencia.

Como me había dicho Fermín, encontré una carta en el secreter dirigida á mí.

Decía así:

«Amigo mío:

»Me anuncian vuestro regreso.

»Nuestra situación frente á frente sería penosa.

»Parto para Marnes.

»Lo sé todo.

»La casualidad me ha hecho saber la enfermedad de la que nos ha perdido, el piso que la habíais amueblado y el viaje que acabais de hacer con ella.

»Si Dios quisiera que no la volviéseis á ver!

»Suceda lo que quiera, no me queda ya ninguna esperanza de ser feliz en el mundo. Estad seguro de que no podré perdonar una injuria tan completa y tan deshonrosa para mí.

»Será, pues, inútil intentar un arreglo imposible entre los dos.

»Os agradeceré que me eviteis el disgusto de saber que lo intentais.

»¿Para qué tratar de reparar lo que es irreparable?

»No haré frases.

»Mi vida está destrozada; pero tengo el valor de ocultárselo á todos.

»He puesto una careta de alegría sobre mi rostro, profundamente triste.

»Puedo aseguraros que no se ha pronunciado una palabra mal intencionada acerca de vuestra desaparición.

»Los criados han creído, ó aparentado creer, lo que yo he hecho que les digan.

»Vos ireis cuando os plazca á Marnes.

»Por mi parte, estaré algunos días sin aparecer en París.

»La violencia que me veo obligada á imponerme, me pesa; pero el tiempo y un poco de soledad devolverán, como espero, la calma á mi espíritu y á mi corazón.

»Adios Claudio.

»Tal vez tengais más tarde muchos disgustos. No os lo deseo; el odio es sentimiento que deseo que me sea siempre desconocido.

»Pero, ¿quién hubiera dicho que una vida tan felizmente comenzada tendría un fin tan doloroso?

»Adios una vez mas.

»ANGELA.»

Esta carta me reanimó.
Era suave y amistosa.
Afronté el porvenir con cierta satisfacción.
Me creía casi feliz de que Angela supiese á que atenerse.

En el fondo, si ella me creía caballero ó simplemente hombre honrado, desde el momento en que la falta estaba cometida, ¿podía admitir que yo debiese abandonar á una desgraciada joven en el estado en que se encontraba Ana-María?

Cierto que no.

Era indudable que entre nosotros estaba abierto el foso y abierto profundamente.

Pero en fin, yo estaba conmovido por la moderación de la baronesa y la delicada amistad con que ella encubría mi falta y salvaba el honor de la casa.

Hice ensillar mi caballo y me fuí al bosque.

Un cuarto de hora de paseo disipó el resto de mi tristeza.

Encontré algunos amigos, muchos conocidos, y me convencí, por los saludos que me acogieron, de que toda aquella gente ignoraba mi escapatoria.

Fresneuse estaba en el paseo de las Viudas

Volvimos juntos y fuimos á almorzar á la Masison Dorée con un tiempo soberbio.

La misma noche volví á tomar el curso de mi vida ordinaria.

Iba á la calle de Berri á dar una vuelta y á ver la habitación que Anita había abandonado tres días antes.

Susana me servía de confidente.

Allí, al menos, podía hablar de Ana-María libremente, y aquello era un consuelo para mí.

Supe que la baronesa había ido á ver la casa, que había visitado la habitación que Anita había ocupado, que había llorado mucho, pero sin manifestar ninguna cólera.

Debía haberme hecho seguir por Virginia para saber adonde iba.

¡Escribí á Anita una carta larga, en la cual la expresaba todo mi amor, todas mis esperanzas!

Ella prestaba á la atmósfera en donde la había dejado, un encanto poético; y yo me decía que la choza de Tréogat cobijaba la esperanza de mi vejez, todo lo que amaría más tarde; es decir, el hijo que la debería. su hijo y el mío.

Al día siguiente recibí estas ingenuas líneas:

«Amigo mio:

»Soy feliz.

»Veo el mar desde la ventanita que vos le visteis, y pienso en vos, en vos sólo.

»Vuestro recuerdo llena para mí esta soledad.

»No salgo más que por la noche, en la oscuridad.

»Durante el día estoy encerrada en la celda en la cual parece que os veo aun.

»El tiempo es muy suave y me fortalezo.

»¡Una súplica!

»Os la hago de lejos.

»He ofendido gravemente á una persona cuyo nombre no me atrevo á pronunciar.

»¡Ella os ama y os perdonará: á mi jamás!

»Se lo he confiado todo á nuestro rector, que ha venido á verme ayer, de noche oscuro.

»Me regañó mucho; ¿pero que hacer?

»¡Yo no quisiera ser causa de eterna división entre vos y la persona á quien me refiero!

»¡Se bien que esto os causaría mucha pena y preferiría morir á causársela!

»Si podeis, decidsele á la señora que tan buena ha sido para conmigo ántes, y disponed de mi lo que querais.

»Soy vuestra y os amo.

»ANA-MARIA.

«P. D.—Francisca está avergonzada por el dinero que le habeis dejado, dice que no sabe que hacer de él. Ella no creia que se pudiese tener tanto á la vez.»

Pasaron algunos días.

Desde mi vuelta, pasaba el tiempo para mí con una rapidez extraordinaria.

Escribía casi todos los días á Ana-Maria.

Recibí tambien varias veces carta de ella.

Hacia fines de mes, me dijo que se acercaba el momento, que seguía bien y que no tenía por que inquietarme.

La había dado mis instrucciones para el caso de que diera á luz durante mi ausencia.

Si era una niña debería llamarse Ana-Maria como ella, si era un niño, Claudio como yo.

Pero no estaba tranquilo.

Tuve más de una vez la tentacion de tomar el tren é irme á Tréogat; el miedo de dar

que sospechar en el país y de atraer la atención sobre ella me contuvo.

Por fin, el tres de junio, recibí un despacho expedido desde Plougastel por el excelente rector de Tréogat.

»Esta noche ha nacido un niño, bautizado esta mañana con el nombre de Claudio-María Le Guer.

»La madre y el niño siguen bien.»

Corrí al tren, y al día siguiente por la noche, llegué á la casa de Francisca.

No fué Yannic Cleden quien me condujo.

Estuve tres días al lado de Ana-María: el médico de Audierne me aseguró que no corría ningún peligro.

En efecto, estaba ya casi repuesta y su convalecencia debía ser corta.

¡Qué encantadora estaba! ¡Qué ternura para aquel hijo del amor, y qué dulzura tan resignada! ¡Qué abandono de sí misma y qué desinterés!

Me separé de ella lleno de alegría para volver á basearla algunos días después.

No debía volverla á ver más que algunas horas.

¡Y cómo, Dios mío!

XXVI

La voz del barón se había alterado.

— Llego á las horas terribles— repuso bruscamente,— y voy á contáros las á la carrera. ¡Es un suplicio haberlas vivido. Es una tortura recordarlas!

Durante cinco semanas recibí noticias satisfactorias; algunas me eran enviadas por el rector; la mayor parte por Ana-María.

Adoraba aquellas cartas tan sencillas en las cuales, su alma pura y delicada, se mostraba sin velo.

Las guardaba con cuidado en la habitación que Ana-María había ocupado y en la que no quería volver á recibirla desde que Angela la había visitado.

Me había echado en busca de una casa de campo en donde pudiera verla con toda seguridad y que fuera un nido encantado para ella y mi hijo.

Busqué durante unos quince días y encontré lo que quería en los alrededores de la avenida de Madrid.

Era una encantadora quinta con uno de esos jardines plantados de grandes árboles y llenos de flores y de sombra que no se encuentran más que en las inmediaciones del Bosque de Bolonia.

Me dije que en aquel barrio extraviado, en aquella casa perdida en medio de los bosquecillos y de los parques vecinos, me sería fácil cubrir las apariencias, ocultar el lazo imposible de romper en lo sucesivo y dar al mismo tiempo á este niño, esperanza de mis días de vejez, aire sano y el espacio necesario para sus juegos.

¿Qué me costaría procurar al hijo y á la madre el bienestar de que quería rodearles?

Poco, y además ¿qué me importaba el dinero?

¿De qué sirve amontonarlo para separarse de él tarde ó temprano?

Me forjaba las más halagüeñas ilusiones, cuando una noche descargó la tempestad sobre mi cabeza.

Me hirió el rayo bajo la forma de un telegrama que recibí de Plougastel.

Este telegrama no contenía más que una palabra:

«Venid.»

Imposible ser á la vez más lacónico y más amenazador.

Todas las desastrosas profecías germinaban en aquel corto despacho.

Angela había vuelto á París por algunos días.

No tomé más tiempo que el necesario para escribiría dos líneas:

«Parto. Me ocurre una gran desgracia.

»No os inquieteis. Os escribiré.»

Y casi sin equipaje, con una maleta en la cual había echado al azar los objetos más necesarios en un viaje, tomé un *fiacre* y me hice conducir á la estación Montparnasse.

Eran las ocho de la noche.

Justamente el tren directo iba á salir en aquel momento.

Me coloqué en un rincón de uno de los coches y me aislé para pensar en la situación.

Mis impresiones eran raras.

El telegrama flotaba ante mis ojos.

Se cernía sobre mi cabeza como una de esas aves de rapiña que os adormecen para cogeros mejor.

Me fascinaba.

¿Qué significaba aquel despacho? ¿Era el rector quien me lo había puesto? ¿Por que se mostraba tan lacónico?

Ni aun había tomado las precauciones que usaba de ordinario.

Cuando el excelente hombre me escribía, dirigía las cartas ó los despachos á la calle de Berri.

Esta vez, el despacho había venido directamente á la avenida Gabriel, sin duda para evitar un retraso que podía ser funesto.

Yo tenía, pues, razón, para temblar.

Pasé la noche en medio de las más terribles angustias.

Para mí, una sola hipótesis se presentaba.

Ana María había muerto ó estaba moribunda.

¿Llegaría yo á tiempo?

El tren marchaba con poca velocidad, deteniéndose, por el servicio de correos en una serie de estaciones secundarias. Aun cuando hubiera tenido alas yo hubiera encontrado

que su marcha era demasiado lenta aún.

Pero era preciso resignarse.

A cada momento consultaba el indicador y veía con terror que no podría estar en Tréogat hasta el día siguiente á eso de las cinco de la tarde.

Ningún poder humano hubiera podido hacerme llegar antes.

Désde Mans, expedí un telegrama al rector, telegrama que no debía llegar á su destino hasta el día siguiente por la mañana.

«¡Llego!»

Esto era un consuelo y algunas horas ganadas.

Me parecía que aquella hoja de papel azul sostendría á Ana-María y la daría fuerzas para esperarme.

Hubiera dado una cantidad enorme por estar ya á su lado.

El alba apuntaba en el horizonte en el momento en que el tren llegó á las inmediaciones de Lamballe.

Estaba en Bretaña, pero Ana-María me lo había dicho, el día que por vez primera me fijé en ella cuando me servía el almuerzo. ¡La Bretaña es grande! Y, desde Rennes,

había acortado su marcha el tren y acortábala más aún después de Landerneau, en la línea de Quimper.

Fué un viaje interminable.

¡Cuántas veces maldije aquella desesperante lentitud! ¡Qué sorda cólera rugía en mí contra mi impotencia!

Pero era preciso someterse.

Bajé por fin del vagón en la estación de Quimper.

Eran las dos de la tarde.

Corrí al hotel.

Pedí un coche, ofreciendo cinco lises al mozo de cuadra porque estuviera dispuesto en seguida.

Los bretones son apáticos, ó me lo parecieron aquel día, á causa de mi impaciencia. Tal vez también aquel mozo tomó mi oferta á broma, porque no se apresuró,

Enganché yo mismo los caballos á una mala victoria que me ofrecieron, y durante esta operación ví á Yannic Cléden, y quise llamarle; pero desapareció como una sombra, en las cuadras y no se volvió á presentar.

No sé por qué, me pareció que él debía estar al corriente de lo que ocurría en Tréogat.

Un hombrecito seco y negro, de aspecto honrado, fué quien me sirvió de conductor.

Esperé á que hubiésemos salido de Quimper, y le dije:

—Cien francos para vos, si marchamos á buen paso.

Me miró con admiración, y lo mismo que había hecho su colega, debió tomarme por un loco.

Adiviné su pensamiento por la expresión de su cara, y le tranquilicé:

—Tengo toda mi razón—le dije;—pero daría una gruesa suma por haber llegado ya.

—¡Mucha prisa tiene el señor!

—Tengo mucha, en efecto.

—¿Es al mismo Tréogat adonde va el señor?

—Sí.

—¿Viene el señor de París?

—Justamente:

—Yannic decía esta mañana que habría un señor de París que no estaría contento.

—¿Yannic decís?

—Sí, Yannic Cléden.

—¿Qué puede él saber de eso?

—¡Ah! el señor no comprende...

—¿Qué quereis decir?

—¿El señor no sabe que Yannic Cléden es de Tréogat?

—¿Qué más?

—¿Y que hereda?

—¿De quién?

—De su primo que está loco.

Yo no adivinaba adónde quería ir á parar aquel rústico.

—¿Qué primo?—dije, ya muy impaciente.

—Daniel Plouer, de Tréogat... Ese Daniel Plouer estaba encerrado allí desde hace cerca de un año.

Mi conductor me indicaba el asilo, aquella casa grande, fatal, que me había impresionado de una manera tan extraña cuando fui por primera vez al país.

—Apresurémonos un poco—le dije, —si quereis los cien francos.

El pobre hombre no deseaba otra cosa.

Fustigó á los caballos, que tomaron un buen paso y esperó mis preguntas.

Yo no me apresuré á hacérselas.

Temía lo que iba á decirme.

La huída de Yannic Cléden, que se había esquivado como si hubiera tenido miedo de

encontrarse enfrente de mí; su dicho sobre el parisiense, que no estaría contento; la historia de Daniel Plouer, que había muerto y que debía encontrarse mezclada á la de Ana-María; el oscuro telegrama que dejaba todo en la sombra, me asustaban.

Imaginaba un drama siniestro, pareciéndome que, por mi desgracia, conocería pronto el desenlace.

Permanecí silencioso durante dos horas.

Anduvimos el desierto camino que yo había recorrido dos veces ya.

Eran las cinco cuando percibí, desde lo alto de una cuesta, la inmensidad del Océano, el campanario de Tréogat con su aguda flecha, la negra casa de Francisca Cloarec y la roca de Trébourden, que se elevaba á su izquierda.

Mi conductor se volvió entonces hacia mí.

—¿Adónde quiere el señor que le conduzca?—me dijo.

Le mostré la casa de Francisca.

—Allí.

Hizo oír un refunfuño.

—Me lo sospechaba—repuso.—¿Entonces el señor está al corriente?

—¿De qué?

—¿De lo que ha ocurrido en el país?

—¿Cuándo?

—Hace dos días.

—Explicaos.

—Un lance bien desgraciado, señor.

—¿Qué ha sido?

—Daniel estaba loco.

—¿Y bien, qué?

—Era por causa de una muchacha de Tréogat.

—¿Ana-María Le Guer?

—¡Ah! ¿el señor sabe su nombre?

—¿Qué más?

—Yannic Cléden había conducido á Ana-María á casa de la viuda Cloarec con un caballero de París. Al volver á Quimper fué al asilo á ver á su primo para decirle que la pobre muchacha estaba de vuelta en el país.

—¿Y entonces?

—El loco se escapó del asilo... no se sabe cómo.

—¿Y?...

—Siguió á Ana-María una noche por la playa y...

—¡Concluid!

—No me atrevo á decirlo... el señor verá...
Lancé una exclamación.

—¡La ha asesinado!...

El coche llegaba á la casa de la viuda.

El bretón volvió la cabeza y no contestó.